

CRITICA DE LIBROS

por Ricardo Lagos E. (*)

Cuba, the Economic and Social Revolution.—Editado por Dudley Seers. Chapel Hill, N. C.: University of North Carolina Press, 1964. Págs. XX, 432.

El propósito de este libro es presentar un cuadro de las realizaciones (y frustraciones) de la revolución cubana en su aspecto económico y social, especialmente en el campo agrícola, educacional e industrial.

Este trabajo es el producto común de dos ingleses, Dudley Seers y Richard Jolly, y de los chilenos, Andrés Bianchi y Max Nolff, y de la ayuda financiera de la Fundación Cabot de Boston, la cual, al decir de Seers, no interfirió en absoluto en la investigación.

Un estudio de la naturaleza del que comentamos, tiene que estar sujeto a una crítica política tanto de uno como de otro campo. Hasta el momento, no sabemos de alguna crítica marxista. Conocemos algunas del "sector" anticastrista en cuyo análisis vale la pena detenerse un minuto. Típica es la de la revista especializada *Barron's* aparecida en su edición del 23 de marzo de 1964, en la cual se critica la ingenuidad de los autores para seguir al pie de la letra el "modelo" de análisis tradicional de todas las revoluciones: defectos del *statu quo* existente antes del cambio, y luego la indicación de las "realizaciones" de la revolución (excluyendo, por supuesto, las ejecuciones y los asesinatos), admitiendo algunos aspectos negativos y finalizando con la descripción de los grandiosos planes para el futuro. Según el comentarista de *Barron's*, este tipo de enfoque presenta el grave inconveniente que ignora la "tormentosa realidad presente".

(*) Del Instituto de Economía de la Universidad de Chile.

Si mencionamos este tipo de críticas es porque representa una forma de análisis en que lo subjetivo pasa a primer plano, olvidándose que en un fenómeno social como el de Cuba, si se desea actuar con objetividad, tanto los aspectos positivos como los negativos deben ser indicados. Esto es lo que se ha intentado en el libro en cuestión, teniendo claro los autores que con un enfoque de esta naturaleza, sirios y troyanos quedarán disconformes. Estos cometarios los detendremos aquí, pues no deseamos entrar en el terreno más profundo y difícil de la objetividad del cientista social.

El libro comienza con un excelente capítulo acerca del "background" económico y social de Cuba, redactado por Seers, en el que se describe, a grandes rasgos, la situación de la isla antes de Castro. Luego se menciona la historia institucional de la revolución, que se divide en cuatro fases, terminando la última en 1962, fecha terminal del estudio. Sin embargo, la cuarta fase de "realismo creciente" como la denomina Seers, tal vez subsista hasta el presente. La tesis básica es que la realidad económico-social de Cuba era tal, que algún cambio era inevitable, pero el camino que esos cambios tomaron ha sido, en mayor medida, el producto de acontecimientos políticos. Lo que ha ocurrido, en especial en el campo económico, es irreversible: regresar al sistema de latifundio, o a la desigual distribución del ingreso no es concebible, según Seers. No obstante ello, cualquier predicción puede resultar fallida por las grandes incertidumbres internacionales que existen.

La primera parte del libro, dedicada a la agricultura, fue la contribución de Andrés Bianchi. El autor comienza —lo que molesta bastante al comentarista de *Barron's*— por estudiar las condiciones de la agricultura cubana antes de 1959. Este enfoque nos parece indispensable, pues no hay otro modo de explicar el porqué de muchos cambios posteriores, indicándose las tendencias básicas en la producción y las características estructurales de la agricultura. Se menciona que la producción seguía bastante de cerca la suerte del azúcar en el mercado internacional y que la estructura agraria se caracterizaba por una gran concentración de la tierra, la que era trabajada por no propietarios, la mayoría de los cuales vivía de salarios.

El desarrollo postrevolucionario, Bianchi lo divide en dos etapas: la primera, del 50-60, que significó un aumento considerable en la producción no sólo del azúcar, sino que de todos los productos en general, comenzándose un proceso de sustitución de importaciones. La explicación de este éxito, según Bianchi, estriba en que el cambio institucional no afectó en gran medida a la organización de la agricultura. En la segunda etapa, 1961-62, la producción cae bajo los niveles de 1959, lo que se explica, parcialmente por la sequía del 61 y por los grandes cambios que tuvieron lugar en la organización: se crean 260 granjas del pueblo (ocupan el 26,4 por ciento de la tierra) y se reorganiza el sector privado creándose la Asociación Nacional de Pequeños Agricultores. Además, la forma de "diversificar" la agricultura contribuyó a la caída de la producción. Entre otras conclusiones, Bianchi señala que la tesis de que la reforma agraria cubana sería la primera en el

mundo que no significaría una caída inicial en la producción, no se ha confirmado a la luz de lo acaecido en los años 61-62. Por otra parte, el error básico del gobierno parece haber sido la subestimación de las dificultades envueltas en un proceso de diversificar una agricultura de monocultivo utilizando a la vez técnicas intensivas de producción. Este error ha significado la baja de la producción a que ya se hizo referencia. De un punto de vista social, la realización más importante de la reforma agraria ha sido la tendencia a igualar los niveles de vida entre el trabajador urbano y rural así como las nuevas oportunidades abiertas a la población campesina.

La parte segunda de la obra —educación—, a cargo de Richard Jolly, analiza lo que puede considerarse como la contribución más efectiva de la revolución al mejoramiento social y cultural del pueblo cubano. Si bien el análisis es más económico que social —el autor lo deseaba circunscribir sólo al primer aspecto, pero luego lo extendió un tanto—, las implicancias no económicas de un plan educacional de la magnitud del cubano son obvias.

Jolly da cifras de la campaña de alfabetización que son impresionantes: de 979.000 analfabetos, 894.000 tuvieron clases en 1961, de los cuales 707.212 aprendieron a leer y escribir. La educación primaria y secundaria tuvo también un gran avance y la universitaria progresó, pero con un ritmo menor. También se crearon clases especiales directamente relacionadas con ciertos trabajos específicos, con el fin de aumentar la mano de obra calificada. En su análisis final, el autor intenta dar respuesta a tres preguntas básicas: ¿Producirá la educación rendimientos económicos en el futuro? ¿Cuál es el costo de todo el programa educacional? ¿Está Cuba gastando demasiado en educación? Por último, en un apéndice, Jolly comenta el contenido político de la educación en Cuba de acuerdo con la realidad al año 1962.

Max Nolff es el autor de la parte tercera, dedicada a la industria cubana. Comienza mencionando que después de Chile, Cuba fue tal vez el país que lo siguió en la reducción de su capacidad para importar como consecuencias de la depresión del 30. Sin embargo, y al revés de lo acaecido en Chile, y en otros países latinoamericanos, Cuba no buscó una solución a sus problemas sustituyendo importaciones por medio de un proceso de industrialización, sino que redujo sus tarifas aduaneras a cambio de una cuota para su azúcar en el mercado de Estados Unidos. “En esta forma, Cuba unió su destino a las fluctuaciones del mercado internacional acentuando, por lo tanto, su economía monoprodutora” (pág. 287). Sólo después de la segunda guerra se produjo un intento de industrialización, pero a una tasa de crecimiento del producto industrial bruto que está entre las más bajas de América Latina, 3,4% anual. El estudio del período post 1959 se inicia con una descripción de las sucesivas nacionalizaciones y de la nueva organización industrial. Sobre este punto puede ser interesante señalar que según Nolff, la planificación socialista que se está empleando en Cuba es similar a la de Checoslovaquia, por supuesto que con ciertas modificaciones. Las fases en la elaboración de los planes son semejantes a la de los otros países socialistas;

incluso, el organismo máximo de planificación, Juceplan, es parecido al Gosplan soviético.

Los problemas más urgentes que debieron enfrentar los planificadores cubanos fueron los de la mano de obra no especializada, la creación de mecanismos financieros, incentivos y cambios tecnológicos. La forma en que se enfrentaron estas dificultades dejan, a juicio del autor, una sensación optimista acerca del futuro.

En términos generales, las estadísticas usadas, siendo tal vez las más completas, no son del todo aceptables, como los mismos autores lo reconocen. El criterio que siguieron en este sentido es óptimo: cada vez que alguna cifra podrá inducir a error, se hace el correspondiente llamado de atención.

El análisis sectorial, agricultura, industria y educación que se hace era, tal vez el mejor, dada la época del estudio.

En suma, es posible repetir las palabras del *The New York Times* acerca de este libro: "...este es, probablemente, el libro más importante que sobre Cuba ha aparecido hasta el momento en lengua inglesa".